

1989

Cumplir con lo debido

Frank Graziano

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Graziano, Frank (Primavera 1989) "Cumplir con lo debido," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 26.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/26>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

FRANK GRAZIANO

Cumplir con lo debido

Había vacilado mucho, no lo voy a negar, y harías tú lo mismo, pero finalmente llegó a saber qué hacer y cogió una toronja de la canasta. Fue la toronja más madura, más fofa, una toronja del color de las sábanas amarillentas que se encuentran en los hoteles que ofrecen Vistas Panorámicas de las barriadas, una toronja medio podrida. No fue nada fácil partir ese globo esponjoso con el cuchillo que tenía. Pero lo hizo. Sentía un regocijo casi cruel. Exprimía la toronja sin importarle que el jugo se hubiera empozado sobre la mesa (una mesa manchada con grasa de choncho, con yema de huevo, con grumos amarillos de leche de lata) y ya se caía en un reguero y formaba otro charco en un zapato. Quienquiera que se ponga un tal zapato, como quienquiera que ame a una mujer, no andará sin cojear después.

Se puso el zapato. Con una cuchara excavó la pulpa de la toronja, echándola al azar por aquí y por allá. Era una tarde amena. Las parejas azucaradas se acariciaban en el pasto bajo una estatua de Grau. Era un atardecer que cautivaba, que daba nueva fe en lo que se debía hacer. Un atardecer, por supuesto, con cuervos sofocándose en la garganta gigantesca que el crepúsculo parecía arrastrar, pero en el cual, a pesar de eso, volaban, lograban volar, abriéndose camino con sus graznidos.

Tomó un trago de la botella, y con una ausencia absoluta de soberbia, con pleno pudor, se puso las cáscaras de la toronja sobre sus rodillas y se echó a andar arrodillado a través de la cocina, a través del comedor y del pasillo, rumbo al cuarto de baño. Si se golpeaba el pecho en el camino, si alargaba la lengua procurando que le tocara la nariz, no perjudicaba a nadie (y si molestó a alguien, aunque no había nadie a quien pudiera molestar, salvo yo, y no me molestó sino que me reanimó, si, como decía, molestó a alguien, que esa persona se arrastre por las solapas de su propio saco hasta el borde de un barranco y que se tire a su buena suerte).

No molestó a nadie. Hizo lo que tuvo que hacer. A horcajadas sobre el borde de la tina se quitó las cáscaras de sus rodillas y volvió a vacilar. Pensaba en los monos que hacen tonterías con las mitades de cocos en esos shows huachafos de Miami Beach, pensaba en el sostén que recordó haber visto secándose al sol, en los auriculares que llevan los pilotos solemnes de aviones que transportan los cuerpos de jóvenes muertos en guerras de países con nombres que por acá no se pronuncian bien, cuerpos en bolsas, amontonados, cuerpos en rumbo a sus ataúdes.

No molestó a nadie. Se quitó las cáscaras de las rodillas y se las puso sobre sus orejas. Lo hizo sin pompa, como si nada, como cualquier vendedor de menudencias o cualquier cocinero de cevichería de mala muerte lo hubiese podido hacer. Porque ya había caminado, ya había llegado. Ahora le tocaba escuchar.